

dad en tal materia: al *Angel* de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino: *Beati in regno coelesti*; dice con toda dulzura, *videbunt poenas damnatorum, ut beatitudo illis magis complaceat*. ¿Y queremos oír la palabra de un Padre de la Iglesia que predicaba á sus fieles contra los crueles placeres de los espectáculos públicos? Pues he aquí lo que dice *De spectac.*, c. 29 ss. «La fe nos ofrece algo más fuerte; gracias á Cristo Redentor, tenemos alegrías muy superiores; en lugar de los atletas, tenemos los mártires; ¿queremos sangre? tenemos la de Cristo... ¿Pero qué es todo esto si se compara con lo que nos espera en el día de su vuelta, en el día de su triunfo?» Y he aquí cómo continúa este visionario extático:

«At enim supersunt alia spectacula, ille ultimus et  
 »perpetuus iudicii dies, ille nationibus inspiratus, ille  
 »derisus, cum tanta saeculi vetustas, et tot ejus nati-  
 »vitates uno igne haurientur. Quae tunc spectacula la-  
 »titududo! Quid admirer! Quid rideam! Ubi gaudeam!  
 »Ubi exultem, spectans tot et tantos reges, qui in coe-  
 »lum recepti nuntiabantur, cum ipso Jove, et ipsi  
 »suis testibus in imis tenebris congemescerent! Item  
 »praesides (*los gobernadores de las provincias*) persecuto-  
 »res dominici nominis saevioribus quam ipsi flammis  
 »saevierunt insultantibus contra christianos liquescen-  
 »tes! Quos praeterea sapientes illos philosophos sa-  
 »pientes coram discipulis suis una conflagrantibus  
 »erubescerent, quibus nihil ad Deum pertinere suade-  
 »bant, quibus animas aut nullas aut non in pristina  
 »corpore redituras affirmabant! Etiam poetas non ad  
 »Rhadamanti nec ad Minois, sed ad inopinati Christi  
 »tribunal palpitantes! Tunc magis traegedi audiendi,  
 »magis scilicet vocales (*más en voz*) in sua propria ca-  
 »lamitate; tunc histriones cognoscendi, solutiores mul-

»to per ignem; tunc spectandus auriga in flammea  
 »rota totus rubens, tunc xystici contemplandi non in  
 »gymnasiis, sed in igne jaculati, nisi quod nec tunc  
 »quidem illos vellim vivos, ut qui mali ad eos potius  
 »conspectum insatiabilem conferre, qui in dominum  
 »desaevierunt. «Hic est ille, dicam, fabri aut quae-  
 »stuariae filius (*desde aquí habla Tertuliano de los judíos,*  
 »como lo indica esta designación de la madre de Jesús, según  
 »el Talmud) sabbati destructor, samarites et daemonium  
 »habens. Hic est, quem a Juda redemistis, hic est ille  
 »arundini et colaphis diverberatus, spuntamentis de-  
 »decoratus, felle et aceto potatus. Hic est, quem clam  
 »discentes subriperunt, ut resurrexisse dicatur vel  
 »hortelanus detraxit, ne lactucae suae frequentia com-  
 »meantium laederentur.» Ut talia spectes, ut talibus  
 »exultes, quis tibi praeter aut consul, aut quaestor,  
 »aut sacerdos de sua liberalitate praestabit? Et tamen  
 »haec jam habemus quodammodo per fidem spiritu  
 »imaginante representata. Caeterum qualia illa sunt,  
 »quae nec oculus vidit nec auris audivit nec in cor ho-  
 »minis ascenderunt (I, Cor., II, 9). Credo circo et utra-  
 »que cavea (*primera y segunda galería, ó según otros, la es-  
 »cena cómica y la escena trágica*) et omni studio gratiora.»

Doy fe. Porque así está escrito.

16. Llegamos á nuestra conclusión. Los dos valores opuestos «bueno y malo» «bien y mal» mantuvieron durante millares de años un combate largo y terrible; y aunque ha mucho tiempo que el segundo valor logró la ventaja, no faltan hoy todavía terrenos donde la lucha continúa con vario éxito. La lucha se ha hecho cada vez más alta, más espiritual; se ha hecho el distintivo de toda naturaleza superior. El símbolo de esta lucha, trazado en caracteres legibles en la cum-

bre de la historia de la humanidad es «Roma contra la Judea, la Judea contra Roma». Hasta el día de hoy no hubo acontecimiento más notable que esta lucha, esta disputa, este conflicto mortal. Roma veía en el judío una naturaleza opuesta á la suya, un antípoda monstruoso, «un ser *convicto de odio* contra el género humano»: y con razón, si es cierto que la salvación y el porvenir de la humanidad consiste en la dominación absoluta de los valores aristocráticos, de los valores romanos. Por el contrario, ¿qué sentimientos albergaban los judíos respecto de Roma? Mil indicios nos permiten adivinarlo, pero basta recordar el Apocalypsis de San Juan, el más feroz atentado de la venganza. (Profunda era la lógica de los cristianos, cuando asociaron este libro de odio al nombre del discípulo del amor, del discípulo á quien se atribuía el evangelio de amorosa exaltación; hay su parte de verdad en esto). Los romanos eran los fuertes y los nobles, más que todos los pueblos de la tierra; cada vestigio de su dominación, la más pequeña inscripción, nos maravilla y nos eleva. Los judíos, por el contrario, eran un pueblo levita y rencoroso por excelencia, un pueblo que poseía un singular genio para la moral plebeya: basta comparar á los judíos con los pueblos de carácter semejante como los chinos y los alemanes, para discernir cuál es lo de primer orden, y cuál es lo de quinto orden. ¿Quién de los dos pueblos venció, Roma ó la Judea? La respuesta no es dudosa: nótese que hoy en la misma Roma y en la mitad del mundo, en todas partes donde el hombre está civilizado ó tiende á estarlo, la humanidad se inclina delante de tres judíos y de una judía (Jesús de Nazareth, el pescador Pedro, Pablo, fabricante de tiendas y María, madre de Jesús). He aquí un hecho bien notable: sin duda alguna, Roma

fué vencida. Es verdad que durante el Renacimiento hubo un despertar soberbio é inquietante del ideal clásico, del ideal aristocrático: la misma Roma, la Roma antigua, se agitó, como si despertara de una letargia, aunque aplastada por la Roma nueva, por la Roma judaica edificada sobre sus ruinas y que presentaba el aspecto de una sinagoga ecuménica: pero bien pronto la Judea triunfó de nuevo, gracias á este movimiento de odio (alemán é inglés) fundamentalmente plebeyo que se llama la Reforma, de la cual había de salir por natural reacción la restauración de la Iglesia y el restablecimiento de un silencio sepulcral sobre la Roma clásica. En un sentido todavía más radical y decisivo, ganó la Judea otra nueva victoria con la Revolución francesa: entonces, la última nobleza política que aun subsistía en Europa, la de los siglos xvii y xviii franceses, se arruinó á los golpes de la piqueta popular, y hubo entonces una alegría inmensa, un entusiasmo ruidoso como nunca! Verdad es, que de repente apareció en medio de este trastorno la cosa más prodigiosa é inesperada: el ideal antiguo se levantó *en persona* y con esplendor insólito ante los ojos y la conciencia de la humanidad, y de nuevo resonó más fuerte, más penetrante que nunca, ante la mentira del odio, ante los privilegios de la mayoría, ante la voluntad de la bajeza, del envilecimiento y de la nivelación, ante el crepúsculo de los hombres, la terrible y mágica palabra *privilegios de la minoría!* Apareció Napoleón, hombre único y tardío como nadie, encarnación del ideal aristocrático. Reflexiónese bien en este problema: «Napoleón, síntesis de lo inhumano y de lo sobrehumano!...

17. ¿Qué sucedió después? Esta antítesis en el ideal,

grandiosa cual ninguna, ¿fué relegada para siempre *ad acta*?, ¿ó bien, fué diferida para una época lejana...? ¿No veremos algún día reanimarse el antiguo incendio con mayor violencia que nunca? Más todavía: ¿no debemos desear esto con todas nuestras fuerzas y contribuir á ello?... El que en este punto se ponga á reflexionar, como hacen sin duda mis lectores, difícilmente hallará; salida lo cual es también para mí una razón suficiente para concluir este tratado, porque creo que ya se habrá adivinado lo que entiendo por el título de mi última obra *Más allá del bien y del mal*... A lo menos no quiere decir «Más allá del bueno y del malo».

NOTA. Aprovecho la ocasión que me ofrece esta primera disertación para expresar un ardiente deseo que hasta hoy no había confiado sino á algunos sabios en el azar de la conversación. Sería de desear que alguna Universidad estableciera concursos para estudios acerca de la *Historia de la moral*, dando un impulso vigoroso en esta dirección. Mientras tanto, propongo la cuestión siguiente (que quizá merece la atención de los filólogos y los historiadores no menos que la de los filósofos):

«¿Qué indicaciones nos suministra la lingüística y particularmente la investigación etimológica para la historia de la evolución de los conceptos morales?»

Por otra parte, sería necesario atraer á estos problemas la participación de los fisiólogos y de los médicos. Quédese para el filósofo el conciliar y ordenar este fructuoso cambio de ideas.

En efecto, sería necesario, ante todo, que todas las tablas de valores, todos los imperativos de que hablan la historia y los estudios etnológicos, fuesen aclarados y explicados por su lado fisiológico antes que por el psicológico, sufriendo un examen de la ciencia médi-

ca. La cuestión de cuánto vale ésta ó aquella tabla de valores, ésta ó aquella «moral», puede ser planteada desde los puntos de vista más diferentes; y lo mismo digo de la finalidad de los valores. Una cosa que tendría gran valor para la conservación de una raza, podrá no tenerlo si se trata de crear un tipo superior. El bien de la mayoría y el bien de la minoría son dos puntos de vista completamente opuestos: dejaremos á la candidez de los biólogos ingleses la libertad de considerar al primero como superior *en sí mismo*... Todas las ciencias deben preparar al filósofo su tarea que consiste en resolver el *problema de la evaluación*, en determinar la *jerarquía de los valores*.